

A la memoria de José Mari de Acha

Nos dejó en el momento culminante de su existencia, cuando la savia y el vigor le habían modelado definitivamente. Cuando la simpatía y la bondad, sus dones nativos, estaban sazonados en los imponderables que hacen la honda comprensión y la hombría de pecho levantado.

Y pasadas semanas de su muerte, aún me cuesta creer, que, de improviso, como otras veces el viajero, el hombre de amplios y cambiantes panoramas no aparezca victorioso y sonriente con su prestancia y peculiar atractivo.

Pero se fué de nuestra escena cordial de la vida, con la rapidez de un fulgor siniestro que cruza y entró en la noche negra y silenciosa, sin la transición de un crepúsculo, sin penumbras, que, como la enfermedad y el dolor, componen el espíritu y la forma, para el rito postrero de la fatal partida.

Sin poder entornar los ojos y recogerse en el ambiente piadoso de los recuerdos del alma.

Quedó tendido en la llanura como herido por un rayo, presa de las fuerzas ciegas que nos persiguen como canes.

Y el paisaje querido, el contorno habitual que tanto amó, no entraba por sus ojos atónitos y yertos.

Faltaban en aquel mar de tierra las montañas, las pirámides de yerba y sombras que despertaron siempre sus reflejos más profundos y sinceros de emoción.

¡Pobre José Mari! ¡Cómo no recordar ahora, tus momentos alpinos repetidos durante tantos años, en que recorriste con tus amigos toda la gama de altitudes y de distancias, desde nuestros cien montes familiares, hasta las excursiones de respeto a Roncesvalles, Roncal y Pirineos!

Nuestras estancias en el Gorbea, cuando éramos muy pocos los que conocíamos sus rutas.

¡Con aquellos pastores, Cecilio y otros y las veladas en las chavolas, en el refugio de Rotaeché! Aquellas noches misteriosas llenas de amistad y de temas absurdos, avivados por la llama del hogar que encendía sus lenguas de oro.

Y por fuera el viento de las alturas, que pasaba ululando, como mensaje invisible de voces escondidas.

Cada cima de nuestros montes ha sido pedestal de una ascensión y las calzadas, los caminos antiguos que van despacio y los senderos y las cuestas, conservan huellas de pisadas y ondas de esfuerzo humano.

Y los remansos del paisaje, los oasis de robles y de hayas, llenos de quietud, ecos y comentarios tuyos, como en los libros de pergamino la alquimia que todo lo ennoblece y las cosas sagradas, libertadas del tiempo.

Y en las viejas cocinas que esperan siempre al viandante, en las que entraban a parlamentar y a disponer, para que el programa campesino no fallara en su vértice, tu humor y tu alegría sana de vivir.

¿Pero, quién conoce las veleidades del destino, los ocultos designios de la Providencia?

Tenías que morir, sin que el más leve rasgo modificara el gesto de tu vida.

Y así la hombría y la bondad te acompañan.

Y la amistad labrada con ellas.

Goyan bego: Descansa en paz.

B. DE B.